

## EL SIMBOLO DE LA PRIMAVERA EN LA POESIA DE ANTONIO MACHADO

En una copla muy conocida de su libro *Nuevas Canciones*, escrito en Baeza, nos dice Machado:

*La primavera ha venido.  
Nadie sabe cómo ha sido.*

Le han bastado dos versos, un sencillo pareado, para expresar todo el misterio de la aparición mágica de la primavera. A esos dos versos sigue esta soleá, en la que el poeta insiste en la llegada de la primavera:

*La primavera ha venido.  
¡Aleluyas blancas  
de los zarzales floridos! (1).*

Ese milagro, renovado cada año, de la aparición de la primavera, va a ser un tema constante en la poesía de Antonio Machado, casi desde que comienza a escribir o, al menos, a publicar. Ya en su primer libro, *Soledades* (1903), en el poema XV de la serie «Del camino» (2), encontramos a la primavera personificada en una mañana que dialoga con el poeta —el uso de la prosopopeya es muy frecuente en la lírica de Machado— y le recuerda que una vez, hace muchos años, floreció en su corazón, hoy sombrío:

*Me dijo un alba de la primavera:  
Yo florecí en tu corazón sombrío  
ha muchos años, caminante viejo  
que no cortas las flores del camino.*

---

(1) Las dos coplas forman parte del poema CLIX, titulado «Canciones», de las «Poesías completas».

(2) Al pasar a las «Poesías completas», lleva el número XXXIV.

*Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda  
 el viejo aroma de mis viejos lirios?  
 ¿Perfuman aún mis rosas la alba frente  
 del hada de tu sueño adamantino?  
 Respondí a la mañana:  
 Sólo tienen cristal los sueños míos.  
 Yo no conozco el hada de mis sueños  
 ni sé si está mi corazón florido.  
 Pero si aguardas la mañana pura  
 que ha de romper el vaso cristalino,  
 quizás el hada te dará tus rosas,  
 mi corazón tus lirios.*

El símbolo parece claro. La primavera es la vida luminosa que ilumina el corazón del hombre con sueños, esperanzas e ilusiones. Es decir, la primavera es la mañana que renueva el amor, o lo resucita. Ya veremos más adelante varias muestras de ese uso del símbolo de la primavera en nuestro poeta. Pero antes recordemos que Machado, cuando llega por primera vez a Soria en mayo de 1907 para desempeñar su cátedra de francés en el Instituto, se enamora, no de una primavera simbólica, sino real; la primavera soriana, que largamente contempla en los árboles y en las tierras del Duero. A esta primavera que se le aparece en los campos de Soria la llamará unas veces *mística* —así en el poema IX, *Orillas del Duero*», de *Soledades* (3):

*Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,  
 azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,  
 y mística primavera!*

Y en el poema del mismo título, «*Orillas del Duero*», de *Campos de Castilla* (4), la llamará *humilde*, comparándola con el sueño de un caminante:

*¡Primavera soriana, primavera  
 humilde como el sueño de un bendito,  
 de un pobre caminante que durmiera  
 de cansancio en un páramo infinito!*

Llamar *mística* a la primavera es llamarla pura y espiritual. Esa pureza y esa espiritualidad de las tierras de Soria, junto con su pobreza y humildad, es lo que hizo nacer en el alma de Machado, primero un

---

(3) Este poema apareció por primera vez en «*Soledades, galerías y otros poemas*», y es fruto de una primera visita a Soria en la primavera de 1907, año en que sale el libro. Pero en realidad pertenece por el tono y el tema a «*Campos de Castilla*».

(4) Es el número CII de las «*Poesías completas*».

sentimiento de lástima y de piedad entremezclado con ternura, que no tardó en convertirse en un hondo amor por esa «pobre tierra soriana». Recordemos el poema «A orillas del Duero» de *Soledades y galerías* citado antes:

*Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.  
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,  
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,  
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.*

*Es una tibia mañana.*

*El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.  
Pasados los verdes pinos,  
casi azules, primavera  
se ve brotar en los finos  
chopos de la carretera  
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.  
El campo parece, más que joven, adolescente.  
Entre las hierbas alguna flor ha nacido,  
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,  
y mística primavera!  
¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,  
espuma de la montaña  
ante la azul lejanía,  
sol del día, claro día.  
¡Hermosa tierra de España!*

Es este el primer poema de Machado en que aparece cantado el río Duero y se habla de la «pobre tierra soriana». Y por primera vez también vemos la primavera brotando en los finos chopos del camino. En el poema late ya un sentimiento de lástima y de ternura por esa «pobre tierra soriana» que el sol calienta «un poquito». Pero pronto ese sentimiento de piedad va a trocarse en amor profundo. Tal cambio está ya más claramente expresado en uno de los grandes poemas de *Campos de Castilla*, el largo poema *Campos de Soria* (CXIII), en cuya primera parte encontramos el tema de la primavera dentro de un contexto geográfico concreto: la «tierra árida y fría», las «colinas y las sierras calvas», los «cerros cenicientos». Por ellos, nos dice el poeta, «la primavera pasa / dejando entre las hierbas olorosas / sus diminutas margaritas blancas». Las notas primaverales se reiteran: «los zarzales florecidos», «las violetas perfumadas», las margaritas blancas. Pero es en la parte VII del poema, en el momento en que a la descripción realista de las partes I a VI sucede un aumento de emoción lírica con la intervención del yo personal del poeta —que antes no había aparecido—, hablando ya directamente a las tierras de So-

ria y su escenario —el Duero, los árboles, los caminos...— cuando el poeta nos confiesa:

*...hoy siento por vosotros, en el fondo  
del corazón tristeza,  
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria  
donde parece que las rocas sueñan,  
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,  
grises alcores, cárdenas roquedas!*

Los tópicos castellanistas —que tanto indignaban a Juan Ramón— ya no nos parecen tan tópicos, porque sentimos que el corazón del poeta está lleno de piedad y de amor por esos pobres campos de Soria que desde entonces va a llevar siempre consigo en lo más hondo de su alma, y a los que sólo la primavera parece dar un poco de calor y consuelo.

En las dos últimas partes del poema la primavera y su hechizo aparecen también. Los álamos del amor serán «mañana liras / del viento perfumado en primavera». Y al final usa Machado por primera vez una bella metáfora para designar la primavera: la llama «verde sueño / del suelo gris y de la parda tierra». La tierra amada sueña, en los fríos días Invernales, con la llegada mágica de la primavera, que ha de endulzarla e iluminarla piadosamente, dando flores y ramas a los árboles y verdor a los campos. La pobre tierra de Soria sueña con el verde primaveral, ese atavío luminoso, como dice a veces el poeta, que resucita cada año. Esa metáfora primaveral del verde sueño la va a repetir Machado en uno de sus últimos sonetos, el titulado «El poeta recuerda las tierras de Soria», escrito en plena guerra civil, en el pueblo de Rocafort, en la primavera de 1937. Citaré sólo los versos que nos interesan. Habla el poeta a la lejana Soria:

*. . . . . En la memoria mía  
tu recuerdo a traición ha florecido;  
y hoy comienza tu campo empedernido  
el sueño verde de la tierra fría.*

(CLXXXVII)

Pero volvamos a *Soledades. Galerías*, y recordemos un breve poema que Machado publicó en la revista *Helios* en 1903, con un título —«El poeta encuentra esta nota en su cartera»— que luego desapareció al incorporarse el poema al libro. Lleva el número X en las *Poesías completas*, y dice así:

*A la desierta plaza  
conduce un laberinto de callejas.  
A un lado el viejo paredón sombrío*

*de una ruínosa iglesia;  
 a otro lado la tapia blanquecina  
 de un huerto de cipreses y palmeras,  
 y, frente a mí, la casa,  
 y en la casa la reja  
 ante el cristal que levemente empaña  
 su figurilla plácida y risueña.  
 Me apartaré. No quiero  
 llamar a tu ventana... Primavera  
 viene —su veste blanca  
 flota en el aire de la plaza muerta—;  
 viene a encender las rosas  
 rojas de tus rosales... Quiero verla...*

Este y otros poemas de esa época, comienzos del siglo, parecen recordar un amor juvenil del poeta, probablemente sevillano, a raíz de algún viaje a Sevilla en 1898 para visitar a su hermano Manuel, como ya advirtió Antonio Sánchez Barbudo (5). Desde luego, algunas notas del poema —la tapia blanquecina, el huerto de cipreses y palmeras, las rosas rojas de los rosales en la ventana— son más bien de ciudad andaluza que castellana. Como tantas veces en la poesía de Antonio Machado, el uso de la técnica del contraste sirve al poeta para vigorizar y dar relieve a una evocación, en este caso la fuerza luminosa y revivificadora de la primavera. Por un lado, notas apagadas y sombrías —la «desierta plaza», «el paredón sombrío», la «ruínosa iglesia», la «plaza muerta», todo ello evocando algo que muere; y en contraste, la llegada de la primavera con su túnica blanca —el aire primaveral— que viene a encender las rosas rojas. El uso del cultismo *veste* por vestido es quizá contagio modernista, pues en Rubén Darío también se encuentra (5 bis). No es la única vez que va a usarlo Machado (6).

Pero lo que importa subrayar es que en este poema la primavera aparecía como símbolo de la ardiente juventud, que ilumina y enciende la vida, prestándole ilusiones y esperanzas. Nótese, además, que para dar mayor fuerza a la personificación simbólica, Machado dice Primavera, eliminando el artículo como si fuera el nombre de una

---

(5) En su excelente libro «Los poemas de Antonio Machado», Edit. Lumen, Barcelona, 1967. Luis Cernuda, como recuerda también Sánchez Barbudo, señaló el becquerianismo de los cuatro primeros versos de este poema: todo en él —escriba Cernuda— «lenguaje, ritmo, visión, procede de Bécquer».

(5 bis) Por ejemplo, en el «Poema del otoño»: «Lavamos bien de nuestra veste la amarga prosa».

(6) Así en el poema XII: «Amada, el aura dice / tu pura veste blanca...». Adela Rodríguez Forteza, en su libro «La Naturaleza y Antonio Machado», ha interpretado que la primavera es la amada en este poema.

diosa (6 bis). En otra ocasión, el poeta dialoga con la tarde primaveral, que simboliza la posibilidad del amor. Así en el poema —un romancillo— XLI:

*Me dijo una tarde  
de la primavera:  
sí buscas caminos  
en flor de la tierra,  
mata tus palabras  
y oye tu alma vieja...*

Pero volviendo al tema de la aparición de la primavera, al que aludimos al principio, parece claro que esa aparición va siempre unida en la poesía de Machado a una ilusión y una esperanza de amor. Veamos, por ejemplo, el poema *Acaso...* que es el número L de las *Poesías completas*:

*Como atento no más a mi quimera  
no reparaba en torno mío, un día  
me sorprendió la fértil primavera  
que en todo el ancho campo sonreía.  
Brotaban verdes hojas  
de las hinchadas yemas del ramaje,  
y flores amarillas, blancas, rojas,  
alegraban la mancha del paisaje.  
Y era una lluvia de saetas de oro,  
el sol sobre las frondas juveniles;  
del amplio río en el caudal sonoro  
se miraban los álamos gentiles.  
Tras de tanto camino es la primera  
vez que miro brotar la primavera,  
dije, y después, declamatoriamente:  
—¡Cuán tarde ya para la dicha mía!—  
Y luego, al caminar, como quien siente  
alas de otra ilusión: —Y todavía  
¡yo alcanzaré mi juventud un día!*

Este poema, publicado por primera vez en la «Revista latina» en 1907 e incorporado a *Soledades. Galerías*, evoca una primavera muy distinta de la humilde y mística de *Orillas del Duero*: una primavera fértil y sonriente, de gran riqueza de color y de luz. Parece más bien una primavera andaluza que castellana.

Y sin embargo, esos álamos gentiles que se contemplan en «el caudal sonoro del amplio río» nos recuerdan los álamos dorados que

---

(6 bis) Encontramos el mismo uso en el «Responso a Verlaine», de Rubén Darío: «Que tu sepulcro cubra de flores primavera».

acompañan al Duero, tantas veces cantados por el poeta. En todo caso, lo que quería subrayar es que la contemplación de la aparición de la primavera en el campo lleva al poeta a pensar en que ya es tarde para el amor —aunque apenas tendría treinta años cuando escribió el poema—. Ciertamente es una confesión matizada de ironía por el adverbio «declamatoriamente», ironía que se compensa al final del poema, con ese *sentir unas «alas de otra ilusión»* —ilusión de amor por supuesto—. El último verso es de esperanza en ese amor que no vivió en su juventud, porque no la tuvo, o si la tuvo no vivió en ella el amor. Recordemos otro poemita, el LXXXV, en el que la contemplación de una bella primavera le lleva también a pensar en su juventud sin amor, juventud nunca vivida:

*La primavera besaba  
suavemente la arboleda,  
y el verde nuevo brotaba  
como una verde humareda.  
Las nubes iban pasando  
sobre el campo juvenil...  
Yo vi en las hojas temblando  
las frescas lluvias de abril.  
Bajo ese almendro florido,  
todo cargado de flor  
—recordé— yo he maldecido  
mi juventud sin amor.  
Hoy, en mitad de la vida,  
me he parado a meditar...  
¡Juventud nunca vivida,  
quién te volviera a soñar! (7).*

El tema de la juventud apenas vivida, rápida como una quimera, reaparece en Machado en sus *Coplas mundanas*, penúltimo poema de *Soledades. Galerías*:

*Sin placer y sin fortuna,  
pasó como una quimera  
mi juventud, la primera...  
la sola, no hay más que una:  
la de dentro es la de fuera.  
Pasó como un torbellino,  
bohemia y aborrascada,  
harta de coplas y vino  
mi juventud bien amada.*

---

(7) En la edición de «Páginas escogidas» de la editorial Calleja, este poema figuraba con el título, sin duda homenaje a Poe, de «Nevermore».

Estas *Coplas mundanas* de don Antonio parecen más bien de su hermano Manuel, al que corresponde mejor esa bohemia aborrascada harta de coplas y vino. El tema de la juventud que pasa rápida como una quimera es un tema modernista, y lo encontramos también en Rubén Darío, que en el primer poema de sus *Cantos de vida y esperanza*, nos confiesa: «... mi juventud... ¿fue juventud la mía?»

Si de *Soledades. Galerías. Otros poemas* pasamos a *Campos de Castilla*, el tema de la primavera y su mágica aparición vuelve a encontrarse en no pocos poemas, entre ellos los ya citados *Orillas del Duero* (CII) y *Campos de Soria* (CXIII). Ahora nos interesa fijarnos en el que Machado tituló «A un olmo seco», que se publicó en el periódico soriano «El Porvenir castellano», y que lleva la fecha de creación del 4 de mayo de 1912, Machado evoca en él a «un olmo viejo, hendidado por el rayo / y en su mitad podrido», al que la primavera —«con las lluvias de abril y el sol de mayo»— ha hecho brotar algunas hojas verdes. Ese milagro primaveral —la «gracia de la rama verdecida en el seco tronco»— lleva al poeta a pensar, en contraste, con la grave enfermedad de su mujer, Leonor, a la que los médicos ya han desahuciado. Y el poema termina con un grito de esperanza en que la primavera haga otro milagro: la curación de su mujer:

*Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.*

Pero ya sabemos que el milagro anhelado por el poeta no se produjo. Leonor muere en sus brazos el día 1 de agosto de 1912, casi al mismo tiempo en que llega a Soria el primer ejemplar de *Campos de Castilla*. La muerte de Leonor hundió a Machado en un estado de sombría desolación que le costó mucho trabajo superar. Pensó incluso en el suicidio, como confesaría más tarde a Juan Ramón Jiménez en una carta. Es el momento en que grita su dolor en cuatro versos desolados:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

El 1 de noviembre se incorpora Machado a su nuevo destino en Baeza, en cuyo Instituto enseñará francés durante ocho largos años. Años de honda crisis en su vida —de nuevo hundida en la soledad sin amor— y en su obra, que toma a veces rumbos menos intimistas



y líricos, más filosóficos y abstractos. Machado se va a sentir «extranjero en los campos de su tierra», y no encuentra inspiración para cantar a Andalucía. Si sus ojos contemplan el «alegre campo de Baeza», su corazón mira más lejos, hacia la tierra amada de Soria, de la que se ha alejado al perder a Leonor. Y durante algunos años, la añoranza de esa tierra, donde tantas veces contempló la llegada de la primavera, va a inspirarle una serie de admirables y conmovedores poemas en los que, con frecuencia, la imagen de Leonor, nombrada o no, está evocada inseparablemente del paisaje soriano, y de aquella primavera que el poeta utilizará como símbolo de la esperanza en la resurrección de la amada o en un posible nuevo amor.

Ya en un poema de 1913 (8), titulado *Recuerdos*, y escrito en el tren camino de Baeza, al contemplar la primavera andaluza, con su campo verde, sus huertos y olivares floridos, el perfume de sus naranjos y sus jazmines, evoca Machado por primera vez desde la nostalgia y la lejanía aquella otra primavera de Soria, más tibia y humilde, pero también más dulce y entrañable para su corazón. Es un fuerte contraste entre la sensual y luminosa primavera andaluza y la mística, espiritual primavera soriana:

*Y pienso: Primavera, como un escalofrío  
irá a cruzar el alto solar del romancero,  
ya verdearán de chopos las márgenes del río.  
¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?  
Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,  
y la roqueda parda más de un zarzal en flor...*

Estos versos, por cierto, anuncian ya, con el uso del futuro hipotético o de probabilidad —irá, verdearán, dará, tendrán— y la alternancia de preguntas y afirmaciones, el famoso poema *A José María Palacio*, al que en seguida he de referirme.

Pero antes quisiera recordar un poema de los primeros meses de Baeza, en el que, aunque el poeta no la nombra, es la primavera el tema central: la primavera «que triunfa de la muerte y de la piedra, y que por ello mismo convierte en esperanza de que resucite Leonor —a la que tampoco nombra— la amargura de su ausencia:

*Al borrarse la nieve, se alejaron  
los montes de la sierra.*

---

(8) El poema está fechado «en el tren, abril de 1912». Pero en la primera edición de las «Poesías completas», figura la fecha correcta, que es abril de 1913, ya que en abril del 12 no había muerto aún Leonor, y en el final del poema se habla de «desesperanza y de melancolía de tu recuerdo», en cuya frase está implícita la muerte de la esposa y la nostalgia de Soria.